

La frontera que obsesiona y los odios que emocionan. Conversación con Carlos D. Altagracia sobre *El cuerpo de la patria*.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para el moroveño, el profesor, el geógrafo, el amigo, el esposo, el padre y el cristiano inamovible, Ramón Corrada del Río.

El hecho del que debe partir todo discurso sobre la ética es que el hombre no es, ni ha de ser o realizar ninguna esencia, ninguna vocación histórica o espiritual, ningún destino biológico. Sólo por esto puede existir algo así como una ética: pues está claro que si el hombre fuese o tuviese que ser esta o aquella sustancia, este o aquel destino, no existiría experiencia ética posible, y sólo habrá tareas que realizar.

Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*.

Gracias por estar aquí para formar parte de esta conversación sobre el libro de Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria. Intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo*.¹ Si ustedes me lo permiten quisiera hablar de este trabajo con su autor, comentarle algunas ideas que me provoca la lectura de esta empresa fascinante, para casi obligarlo a corregir o completar alguno de mis planteamientos, para avivar su imaginación y fundar futuros encuentros. Me atengo al título y a la estructura del libro: por un lado, a un primer bloque formado por la Introducción y el primer capítulo teórico y, por otro lado, a esa puesta en práctica de las herramientas analíticas en los tres capítulos siguientes que están dedicados a desmontar las estrategias narrativas y los nexos

¹ Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria: intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la Era de Trujillo*. Colombia, Librería La Tertulia-Centro de Investigación y Creación-Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010.

del saber con el poder que elaboraron cuatro intelectuales dominicanos del siglo XX: Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer, Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Arísty. Me apropio del título y así organizo mis comentarios: el intelectual en la modernidad, las disciplinas de la Historia y la Geografía, la cuestión de la identidad nacional y, para cerrar, el tema de la frontera en las narrativas nacionales de esos pensadores dominicanos que escribieron durante el trujillato y lo abrazaron con fervor sospechoso.

El primer tema que sobresale en este escrito es el de los intelectuales modernos y sus relaciones con el poder. Considero que desde su argumentación se pueden subrayar tres aspectos. En primer lugar, hay que reconocer eso que podemos llamar la misión racional-ordenadora del intelectual moderno. Intelectuales y mundo, intelectuales y política, intelectuales y nación e intelectuales y verdad son formas de expresarse la relación saber/poder en tanto que el saber es poder, el saber habla con el poder político y el poder necesita saber, tesis foucaultiana que nos permite reconocer el papel de la cultura o del imaginario socio-cultural y destacar que el poder no es sólo represión o dominio, sino también disciplina y arte de gobernar cuerpos y poblaciones.

En segundo lugar, creo que este trabajo apunta a lo que se consideró por mucho tiempo la misión ético-política del intelectual moderno: el intelectual actúa como encarnación de la Razón y descubridor de la verdad del mundo y de la vida y, en el plano político, como voz de la nación, como portavoz del espíritu de su comunidad. Esto significa que la nación existe y se confirma en esta aparición-expresión de una cultura racional y comprometida; que la nación es ese Ser que se completa haciéndose consciente

de sí. No hay nación sin cultura letrada, sin esa camada de forjadores y organizadores del espíritu, sin ese ejercicio fundacional del verbo o del lenguaje.

En tercer lugar, hay que distinguir entre los posicionamientos teórico-metodológicos del autor y la visión de los escritores que estudia. Esto nos permite reconocer dos modos distintos de llevarse a cabo el trabajo intelectual y el trabajo de pensar(se) el intelectual. Si Altagracia insiste en colocarse en ese giro lingüístico que ha hecho posible cuestionar la verdad de los saberes disciplinarios y reconocer, para la Historia y la Geografía, su carácter de ficción y narración, es porque, precisamente, este posicionamiento epistémico y político delimita su lectura de la que llevan a cabo unos intelectuales modernos que no se piensan como inventores, sino como descubridores de la verdad de lo real. Cuando éstos narran la historia se asumen como racionalistas y objetivos y cuando encuentran su sujeto nacional creen haber dado con un personaje histórico incuestionable del que son parte y linaje. Lo que revela *El cuerpo de la patria* es que los intelectuales dominicanos se consideraban los hijos ilustrados que debían actuar como vanguardia educadora de la nación, elite sabia que podía hablar y dirigir la travesía del Ser. De sus afanes tan serios, de sus figuraciones en lo incierto, dichas con tanta seguridad que, a veces, si no fueran tan peligrosas nos darían risa, es que trata este trabajo. No obstante, hay que insistir en que su autor no es un heredero del proyecto del Ser, que este escrito no es una nueva versión, ampliada y corregida, sobre la nación y sus verdades constitutivas. Lo que organiza esta obra son estrategias analíticas genealógicas y deconstructivas que le han

permitido a su autor, como pretendía Antonio Benítez Rojo, una lectura del Caribe desde la perspectiva posmoderna.²

El segundo tema central que cruza *El cuerpo de la patria* es el que tiene que ver con las distintas disciplinas que los intelectuales manejan en la construcción de la identidad nacional. Las que más presencia adquieren son la Historia, como relato ligado al tiempo y a la formación de la memoria, y la Geografía, como ciencia que tiene que ver con el espacio y sus formas. Para pensar la imaginación histórica y la geográfica, Altagracia se apoya en algunos planteamientos elaborados por Michel Foucault.³ Para este último, y esto es fundamental, la Historia como disciplina moderna se forja como un “saber sobre las luchas” y se convirtió en un campo de lucha sobre la verdad y lo político. La guerra y los conflictos funcionaron como “condición de posibilidad del discurso histórico” y como objetos de pensamiento del mismo. Traducido esto a su estudio, Altagracia sostiene que eso fue la historia dominicana imaginada por los intelectuales bajo el Trujillato: una historia sobre la guerra y un posicionamiento guerrero.

Pero si la disciplina histórica puso el acento en el tiempo, le correspondió a la Geografía, a la imaginación geográfica, hablar del espacio y actuar como constructora de los paisajes que forman el cuerpo de la patria. En otras palabras, la imaginación geográfica de la que habla nuestro autor no es la descripción o la cartografía-fotografía del espacio real, sino la narrativa que significa esos espacios y lugares. Esta posición teórico-metodológica no implica una negación de lo real, sino un reconocimiento de que

² Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Colombia, Plaza Mayor, 2010.

³ Michel Foucault, *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

la naturaleza se hace espacio y lugares cuando es significada o se le dota de un sentido en el discurso que la nombra. Siguiendo este planteamiento es posible reconocer que los discursos que inventan la nación no consideran la misma como un producto exclusivo de la historia, entendida como quehacer humano en el tiempo, sino también como un resultado de esa realidad natural que, como base material, condiciona la praxis y se hace parte esencial en la formación de la nacionalidad. Cómo se enlazan el discurso histórico y el geográfico, y qué papel juega la geografía (el territorio) en el relato nacional que elaboran los intelectuales son interrogantes vitales a las que busca ofrecer respuesta *El cuerpo de la patria*.

Si la Historia es memoria de los acontecimientos que se consideran fundamentales y se organiza en algunos casos, como sostiene Hayden White, como un relato continuista y heroico en el que se pone de manifiesto un sujeto colectivo; la Geografía, por su parte, es mirada a esa terrenalidad que “alumbra” lo nacional: saber sobre esa madre-tierra, fecundada por el trabajo y el amor, que dadivosa da sostén a sus hijos.⁴ Territorio es materialidad indispensable como lugar que habita el Ser. Territorio es lo que ha hecho posible que este Sujeto se produzca y se reproduzca. La nación necesita su “estar ahí” y su “estar así” y sólo se constituye en particularidad porque el “estar ahí así” le permite realizarse como un sujeto transformador de la naturaleza que le da vida. El discurso nacional se muestra aquí como una teología política que sostiene que el espíritu necesita colocarse en su paraíso terrenal.

⁴ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Este análisis de la Geografía como disciplina hace posible sostener que en el discurso nacionalista el territorio o la naturaleza refiere, sobre todo, a lo femenino. Claro está, esto sin olvidar que lo masculino no desaparece y continúa ocupando un papel principal en el drama forjador de la nacionalidad. La masculinidad se encuentra presente en los hombres, en las elites cultas y dirigentes que marcan el cuerpo, lo fertilizan y lo protegen. Si unimos los dos elementos, lo femenino y lo masculino, -pero también la Historia y la Geografía, el tiempo y el espacio, la historia y la naturaleza, la población y el territorio- terminamos diciendo que la nación es, pues, una población colocada en un lugar del mundo que resulta transmutado por el trabajo y los sentimientos de pertenencia, como si el sudor, la sangre y el deseo generaran el alumbramiento histórico de la comunidad. Discurso de la fusión felizmente realizada, el nacionalismo maneja jerárquicamente la relación de lo masculino y lo femenino o la imbricación de la acción humana y el territorio. Lo telúrico y la praxis, lo objetivo y lo subjetivo, están siempre combinándose en su poética del Ser.

Si valorar el espacio, hacer de la naturaleza un espacio significado, es fundamental para los discursos nacionalistas, -hasta el punto que el lugar de nacimiento se considera que determina la nacionalidad de un individuo- hay que hacer constar por aquí, por algún margen, que los nexos territorio-nación y territorio-Estado han comenzado a replantearse a partir del reconocimiento de los movimientos poblaciones que se han acentuado en la llamada globalización. Así, tendríamos que decir que si bien no hay Estado sin territorio, o que el Estado sería ese poder soberano territorial, por frágil o debilitado que resulte en nuestros días; ahora se comienza a insistir en las naciones en diásporas; en identidades

que se conservan a pesar de su desterritorialización y del mestizaje cultural que producen los desplazamientos, el habitar en nuevas zonas de contacto y el poder cultural massmediático.

Esto permite dar cuenta de una modificación teórica importante en la imaginación nacionalista. Los conceptos de nación y de identidad nacional se desterritorializan, pero conservan su vigencia fundamentándose en criterios como la herencia, la cultura y la voluntad. Hay que decir que esta mutación provoca malestar en algunos y alegrías en otros y que el debate en torno a la nación, el nacionalismo y la identidad nacional continúa. Pero lo que me gustaría anotar es que en este último punto, el de la voluntad, se puede reconocer un desplazamiento en un discurso que se ve obligado a fundamentar la identidad y la nación, más que en criterios objetivos, en el deseo o en aquello que se quiere ser. Con esto, lo nacional se desmaterializa, deja de estar determinado y se convierte, se podría decir que nuevamente, en un asunto ético y político o en una decisión.

Ya hemos dicho que Historia y Geografía son esas disciplinas desde donde se hace posible afirmar el Ser y definir sus características. Ahora habría que añadir que decir “he aquí al Sujeto” implica reconocer sus luchas y, en este punto, sus aciertos y debilidades, sus logros y fracasos. Siguiendo el trabajo de Altagracia hay que señalar que en el discurso nacionalista la nación es un sujeto colectivo afirmado y problematizado; un Ser, más histórico que natural, que ha cobrado forma triunfando sobre las adversidades. Relacionado con este último punto –el de las adversidades– es que la frontera puede aparecer como el lugar por excelencia del peligro, allí donde el Ser está ante “los otros” y

“lo otro”. La frontera es eso que debe ser apropiado por la Historia (el discurso histórico) y la Geografía (el discurso geográfico) para apreciar en ella, en tanto zona de contacto del Ser con su exterior, al Ser y sus peligros. También es eso que debe ser precisado real e imaginariamente, lo que debe ser visitado y conocido para establecer el cuerpo de la patria y fijar sus límites.

Pero la frontera, como insiste Altagracia, es porosa. Porosa es tanto la real como la imaginada, y es esta cualidad la que desestabiliza las pretensiones del discurso y del poder. Lo que la imaginación histórica y geográfica que maneja el discurso nacionalista no logra resolver –y lo que el poder político no puede superar- es que “las fronteras como zonas de contacto no son entonces eso que identifica separando, sino su propia imposibilidad de cierre y separación; son lugares de contaminación que debilitan “lo nuestro”.⁵

¿Pero es siempre lo exterior, lo amenazante? Creo que hay que estipular que existen muchas formas de experimentar el afuera y las diferencias. Lo que es posible decir, siguiendo este trabajo de Altagracia, es que un nacionalismo autoritario y estatalista tiende a construirse como un discurso paranoico. El miedo a lo que habita en el exterior y a la posibilidad de contaminarse por la debilidad de la frontera le sirven a esta mirada para desplegar propuestas de dominación y políticas disciplinarias y biopolíticas que permitan ordenar-pacificar el territorio a través de la represión de lo amenazante, de la construcción de los sujetos útiles y dóciles y de la puesta en práctica de técnicas de “hacer vivir y dejar morir”.⁶ Los temas de la frontera y lo exterior, del afán de cierre y

⁵ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 31-32.

⁶ Foucault, *Defender la sociedad*, pp. 217-237.

seguridad y, al mismo tiempo, de invitar al intercambio y la comunicación con los otros son esos nudos que se endurecen o flexibilizan dependiendo de la coyuntura política en la que actúa el discurso nacionalista.

Seguridad, territorio y población son otra forma de articular la relación nación/Estado o, si se prefiere, de colocar como aspecto primordial los nexos del Estado con el espacio y la población. El espacio refiere a la naturaleza habitada y convertida en patria y, como cuerpo, a sus límites o fronteras. Por su parte, la cuestión de la población nos lanza a esas complicadas relaciones de conceptos como sociedad, comunidad, nación, pueblo y, sobre todo, raza. El Estado moderno parece enlazar todos estos puntos. El Estado es territorio y población, seguridad y gobierno, violencia legítima y administración, expresión del Ser y su guardián indispensable. El Estado moderno encuentra su fundamento en el principio de soberanía popular y supone que los individuos o la población han devenido pueblo-nación-comunidad y han encontrado en él su racionalidad histórica. Por otro lado, el Estado moderno se convierte en dominio-protección que, a la vez, disciplina y purifica la población, protegiéndola de los peligros que pueden conducir a su degeneración o a esa “sub-racialización” con que amenaza desdoblarse la raza-nación cuando produce sus “otros internos inferiores”: negros, mulatos, pobres, trabajadores, mujeres, criminales y homosexuales, entre otros.

La identidad debilitada de esos “otros internos” amenaza con resquebrajar la comunidad nacional. Las fronteras se multiplican. El mal deja de habitar exclusivamente en el afuera y, relocalizado, se encuentra adentro, está a nuestro lado. Hablar de seguridad es reconocer todas esas nuevas fronteras y ser soberano. Por eso, a las fuerzas represivas

y al orden jurídico que asegura su legitimidad, el Estado debe sumar nuevas técnicas de poder no-represivas, debe saber para administrar el territorio y los cuerpos (individuales), protegiéndolos, higienizándolos, haciéndolos vivir. El discurso nacional funciona como teoría de la autoridad hacia afuera y hacia adentro.

La relación entre seguridad, territorio y población nos permite desplazarnos al tercer tema. En el imaginario histórico y geográfico, el territorio nacional -como espacio poblado y espacio significado por las acciones y sentimientos humanos- comienza a convertirse no sólo en cuál es la extensión y las formas del cuerpo de la patria, sino también en quiénes son esos que están aquí, cómo se han constituido en “nosotros” y cuáles son los peligros que los acosan. Cuando en el discurso nacionalista, el acento se desplaza de la relación seguridad/territorio a la de seguridad/población tropezamos con los conceptos de pueblo, nación y raza que han desarrollado algunas filosofías políticas, como el liberalismo, el republicanismo y el racialismo, para su invención de “nosotros” y “los otros”.

El ejercicio de definirse consiste en diferenciarse. Hablar de “nosotros” refiere a “los otros”. Más hay que ser cauteloso para que la teoría de la guerra no nos impida ver que en el discurso nacionalista pululan muchos “otros” distintos. Cuando se apunta a lo exterior creo que es posible reconocer: el otro ejemplar, el otro amigo, el otro insignificante y el otro enemigo. Cambiando de ángulo, cuando se mira hacia adentro aparece también una alteridad que puede ser pensada con distintas representaciones: el otro víctima-masa-educable, el otro barbarie-enemigo-desechable y el otro popular-nacional-dirigible. Toda esta disparidad, los múltiples tipos posibles de otredad, conlleva una diversidad de

propuestas políticas y culturales para ordenar la nación y definir su dinámica endógena y sus relaciones con el mundo. Por ejemplo: ¿El “otro” es el amigo o el enemigo? Este último, ¿es débil o poderoso? ¿Hasta dónde se considera el “nosotros” un Yo felizmente unificado? La propuesta hacia el exterior, ¿es belicista o de respeto mutuo? ¿Puede el “otro amenazante” devenir en el “otro amigo” o éste último en aquel? ¿Cuáles son las estrategias que se proponen para lidiar con el “otro exterior” y con el “otro interno”? ¿Existen diferencias entre las mismas? Lo indudable, como demuestra este estudio del nacionalismo dominante en el campo intelectual dominicano de la Era de Trujillo, es que el relato de la guerra que habita en la mentalidad nacionalista tiende a exacerbarse en determinadas coyunturas históricas y, en otros momentos, se oculta rencoroso soportando la melodía jurídica y esperando, confiado, el llamado a las armas. Lo que no puede negarse es que cuando la identidad consiste en establecer diferencias jerarquizadas y trazar fronteras duras, el discurso nacionalista forma parte de ese relato de la guerra y se mueve en el registro de la prepotencia, la amenaza, la heroicidad, el sacrificio y, por qué no, hasta la venganza. A veces, como demuestra Altagracia, debemos temblar ante la serenidad de los patriotas, ante las seguridades de esos hombres justos, cumplidores e imperturbables.

En el discurso nacional los conceptos de pueblo, nación y raza, así como su relación, no dejan de ser problemáticos. Algunos estudiosos apuntan que éstos pertenecen a registros discursivos distintos y hasta opuestos. Incluso, que a partir del siglo XVIII se han venido resignificando y desplazando como significantes privilegiados de los relatos nacionales. Para poder indagar este desplazamiento conceptual y la mezcla de categorías

que parecen provenir de distintos lugares epistémicos y políticos es imprescindible reconocer al nacionalismo como un campo discursivo polémico y plural. Asumir como central uno de estos conceptos define las características de un discurso nacionalista o, para decirlo en otras palabras, los relatos dominados por nociones racialistas difícilmente pueden conciliarse con los que manejan interpretaciones republicanas o liberales de pueblo o nación. No está de más decir que la fusión nación-raza sienta las bases para el carácter xenofóbico y jingoísta de muchos relatos nacionales, para esas narrativas binarias de la historia que entonan como estrofa guerrera: “todo el mundo en contra mía y yo contra el mundo entero”.

Para las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, la categoría raza alcanzó un status privilegiado en los discursos históricos y parecía dotar a éstos de precisión científica. Era algo así como una venganza del conocimiento contra el empuje moralista abolicionista y su uso tenía muchos propósitos. En primer lugar, destrozaba el humanismo ilustrado universalista demostrando que no todos los “humanos” eran iguales. En segundo lugar, debilitaba el individualismo liberal adjudicándole prioridad al grupo biológico de procedencia. En tercer lugar, reformulaba la distinción hegeliana de pueblos históricos y pueblos sin historia dejando claro que los primeros debían dominar a los segundos y que estos últimos estaban incapacitados por naturaleza para asumir un papel relevante en la modernidad.

En el campo intelectual latinoamericano este discurso racialista tuvo una paradójica acogida porque sirvió, al mismo tiempo, para afirmar la posibilidad de las naciones americanas de convertirse en Estados modernos, como consecuencia de ser

prolongaciones históricas del occidente blanco-racionalista, y para diferenciar hacia el interior esas razas-masas inferiores que obstaculizaban el pleno desarrollo de la nacionalidad. El enemigo principal de las nuevas naciones era más interno que externo y de más allá de la frontera los vientos transportaban, principalmente, los modelos a imitar y las poblaciones a convidar. Así parecía ser hasta que el empuje imperialista del vecino, antaño ejemplar, fue provocando un antiimperialismo crítico de la dimensión cultural y de los valores de la vanguardia del capital. El debate civilización y barbarie se transformó en el de civilización y cultura y se afirmó que aunque las naciones latinoamericanas eran menos ricas, constituían parte de esa expansión cultural greco-latina occidental. En ese campo intelectual dominado por lo racial y el imperialismo fue que la intelectualidad dominicana bajo el trujillato pensó lo nacional. Desde estos dos puntos se elaborará la reflexión ineludible de la frontera como zona de contacto con el exterior. ¿Quiénes eran esas otras naciones-razas exteriores? ¿Constituían en sí mismas una amenaza para la dominicanidad? Como revancha de resentidos con la reciente invasión del poderoso, el rencor se dirigió contra el “otro exterior inferior” más cercano y concluyo que la verdadera “invasión” era esa penetración silenciosa que estaba llevando a cabo el “otro haitiano.

Si el territorio es la naturaleza que deviene hogar, hay que decir que la cuestión poblacional, vista como cuestión racial, sirve para una segunda estrategia de naturalización de la identidad. Fundamentar objetivamente la identidad en la herencia daba fortaleza epistémica y política a la imaginación nacionalista. La nación no sólo era querida por Dios, sino también por las leyes de la historia y de la vida. Como ya

mencionamos, el racialismo o el discurso de la guerra de razas -que se biologiza a partir de la segunda mitad del siglo XIX- fue una filosofía de la historia propia de las culturas imperiales que tuvo gran acogida en las élites intelectuales y políticas latinoamericanas.

Además, raza no fue sólo una categoría socio-biológica, sino también cultural. En la América Latina de finales del siglo XIX y comienzos del XX, una noción culturalista de raza sirvió para la redefinición espiritual de América: la hispanidad. Después de la derrota de España en la Guerra Hispano-Cubano-Americana y ya la “Madre-Patria” despojada de sus últimas colonias, la hispanofilia significó una reevaluación positiva de la empresa colonial cuyo conservadurismo se maquilló de antiimperialismo y de crítica a una modernidad salvaje y utilitarista. Es la época donde Rodó y Ortega y Gasset actuaron como autoridades en el campo intelectual y político latinoamericano.⁷ Para los que formaban parte de esta corriente intelectual, los pueblos latinoamericanos encontraban sus fundamentos identitarios en la fase colonial y en su nexos con la civilización europea, su potencia indiscutible.

Pero los racialismos no monopolizaron el campo intelectual latinoamericano y ya en las primeras décadas del siglo XX comenzarán a ahogarse en la pesadez de sus verdades.⁸ Me refiero a la defensa de la pureza racial y a la discusión sobre los efectos del mestizaje. Sólo para mantenernos alerta es bueno tener presente que desde el racialismo duro y jerarquizador del eurocentrismo blanco-hispanófilo podemos distinguir al menos cuatro

⁷ Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006; Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000; Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁸ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 33-35.

teorías sobre el mestizaje: como degeneración; como asimilación de lo inferior por lo superior, como síntesis o creación de algo nuevo y como supersincretismo o contacto abierto interminable. Hay que insistir en que el nacionalismo conservador paranoico es propio de intelectuales enamorados de la “pureza” o lo incontaminado, imaginario de patriotas alhelados con su fantasía que se agitan nerviosos ante sus espectros y lo ominoso.

Los planteamientos que hemos venido desarrollando sobre los intelectuales modernos, el uso que éstos hacen de disciplinas como la Historia y la Geografía, y sus formas de inventar identidades -desde nuestra lectura de la primera parte de *El cuerpo de la patria*- nos permiten pasar con Altagracia al análisis del campo nacionalista dominicano bajo el Trujillato.⁹ Después de todo, el propósito central de este escrito es pensar “los ejercicios escriturales como prácticas de poder mediante las cuales se signan las verdades sobre el pasado y el espacio”.¹⁰ En otras palabras, lo que se propone este libro es estudiar “como se construye la legitimidad del cuerpo de la patria vinculando de forma inseparable los conceptos de pueblo, nación y Estado a una idea de territorialidad” y, por lo tanto, el papel central del tema de la frontera dominico-haitiana en la discusión sobre la nación y su tipo de Estado.¹¹ Los intelectuales trabajados deconstructivamente por Altagracia fueron, si se quiere decir con Gramsci, intelectuales orgánicos de una clase y un régimen. Es decir, intelectuales que elaboraron los saberes que el poder político necesitó para legitimarse y poner en acción sus técnicas de soberanía territorial, de vigilancia y disciplina, y de biopolítica.

⁹ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 15-16.

¹⁰ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, p. 15.

¹¹ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, p. 17.

Manuel Arturo Peña Batlle es el “narrador de las posibilidades perdidas”.¹² Su lectura de la historia dominicana, plantea Altagracia, es nostálgica y trágica.¹³ En el pasado colonial originario se encontró la unidad posible, el fundamento geográfico para la formación de un ser nacional homogéneo que habitara un espacio unificado. Pero en el pasado posterior, con el error de las Devastaciones, se provocó un vacío que supieron aprovechar “otros” para ocupar el lado occidental de la isla. La falta de visión de un gobernador colonial desmembró el cuerpo isleño y marcó para siempre la historia nacional dominicana. Una nueva colonia francesa, que habrá de transfigurarse en Haití, se constituyó en una amenaza permanente.

El discurso nacional de Peña Batlle es una narrativa bélica y binarista. La división de la isla entre España y Francia sentó las bases para la formación de dos sujetos y, a lo largo de todo su discurso, hablar del “nosotros dominicanos” fue siempre una forma de diferenciarse de eso “otro haitiano”, inferior y conflictivo. Los problemas de la República Dominicana encontraban, pues, su origen en el período colonial y en esa otredad vecina salvaje y descontrolada. Su relato es una historia de guerra y un colocarse en la guerra. El intelectual dominicano se adhiere a una disciplina –la Historia- para narrar la historia de un combate y, al elaborar su diagnóstico, participar como combatiente en el mismo.

El que habla de “nosotros” y de “los otros” es también, como buen predicador, una voz que busca oídos que escuchen y puedan comprender la “verdad”. Este último aspecto apunta al papel educativo de la palabra. Pensar, escribir y hablar no son sólo esfuerzos para saber, sino además para educar y forjar el espíritu. Peña Batlle, como intelectual

¹² Altagracia, *El cuerpo de la patria*, p. 68.

¹³ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, p. 73.

moderno, asume conscientemente la tarea de enseñarle al pueblo -pero, sobre todo, a las elites políticas y culturales- los logros, los peligros y los deberes que han marcado la dominicanidad y exigen (re)conocerse para afianzarla en su territorialidad constitutiva.

Completemos la clasificación que hace Altagracia del discurso de Peña Batlle como trágico con su señalamiento posterior sobre el carácter cómico de la narrativa nacionalista de Joaquín Balaguer. Dos puntos no deben descuidarse si se pretenden reconocer las complejidades y contradicciones del discurso nacionalista. Por un lado, que en su despliegue la trama trágica siempre queda superada por la trama cómica, lo que significa que está tejido con un optimismo que afirma un sujeto y una utopía de emancipación material y espiritual. Por otro lado, que la afirmación de la nación y la elaboración de su panegírico se hacen también reconociendo sus crisis y debilidades. En el discurso nacionalista siempre se mencionan problemas que provocan la palabra letrada y se reconocen distintas dificultades a lo largo de la historia: en un momento puede ser la realidad colonial y en otro, cuando está queda superada, continúan o se presentan como problemas: la falta de desarrollo económico, la imposibilidad democrática, la tensión entre la cultura tradicional y la moderna, el lugar de las masas populares y, como sobresale en el caso dominicano, el espacio y sus fronteras. Por eso hay que decir que el discurso nacionalista de Peña Batlle se organiza como una red de encuentros y desencuentros, de logros y fracasos, de defensa y alabanza de la nacionalidad, pero también de autocrítica.

Como demuestra Altagracia en su lectura de Peña Batlle, en ciertas narrativas nacionales es casi inevitable reconocer que los peligros que provienen del exterior

siempre pueden acrecentar su impacto negativo por las debilidades internas de la nación, como si esta fragilidad del Ser le sirviera de apoyo gratuito a la amenaza foránea. Pero que nadie se equivoque. La imagen de la “nación problemática” y esa suma de incertidumbres que la asedian desde el exterior y el interior no niegan su existencia. Los obstáculos que enfrenta no son otra cosa que la puesta a prueba de un temperamento. De aquí que para Peña Batlle, luego de desmembrado el cuerpo isleño y relegado el pueblo dominicano al espacio menos hospitalario para vivir allí intimidado por la barbarie del “otro”, la dominicanidad se construye como gesta heroica, como lucha ininterrumpida que hace del presente una prolongación del pasado y una asignatura o un deber ineludible de cara al futuro. Formado el Ser nacional, para las elites políticas y cultas se trata de afianzarlo y defenderlo. Para esto hace falta saber y decisión, combinación de la cultura y la política, de la ciudad letrada y la potencia militar, del acercamiento -y hasta la fusión- de la palabra y el poder, de los intelectuales con el caudillo histórico, del hombre de cultura superior con el hombre fuerte. En Peña Batlle, el Estado autoritario resulta ser la única opción política para llevar a cabo, exitosamente, el proyecto de consolidación del pueblo-nación con su territorio. La violencia era legítima defensa contra los peligros provenientes del exterior y del interior contaminado.¹⁴ Algo de esto es lo que señala Altagracia cuando advierte que el abogado se traslada del registro historiográfico al del jurista. La historia de lo perdido y de la guerra por la geografía, se completa con el uso del Derecho para culminar con la llamada al Estado como expresión de la nacionalidad y su protector indispensable.

¹⁴ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 81-82.

Joaquín Balaguer es la exhibición cruda de la erudición perversa del racismo. El investigador nos advierte que su escrito, *La isla al revés. Haití y el problema dominicano*, fue una repetición casi literal del ensayo que había elaborado en 1947, *La realidad dominicana, semblanza de un país y de un régimen*, y que su trabajo posterior, *El centinela de la frontera; vida y hazañas de Antonio Duverger*, es una de esas biografías heroicas que tanto excitan al nacionalismo paranoico racista.¹⁵

Balaguer es parte del coro encabezado por Peña Batlle y entona, con más pasión que cualquier otro, el discurso de la guerra que define la dominicanidad como antihaitianismo. El discurso nacional como binarismo diferenciador jerarquizador acusa al “otro” de agresor y exalta la heroicidad y la dimensión ética de la violencia justa del “invadido”. Con sus malabarismos, las víctimas de la masacre de 1937 aparecen como causantes de la violencia, mientras los criminales se presentan como soldados y Estado cumpliendo con la máxima de su deber patriótico. Así lo define Altagracia: “Balaguer es el intelectual de los binarismos. Llama la atención que su objeto de estudio sea construido a partir de una mirada a la inversión del tiempo y la geografía de La Española. Sus herramientas de análisis se forjan con unidades binarias que enfatizan determinismos y la imposibilidad de superación del antagonismo entre sujetos nacionales que son pensados como productos de la raza, la geografía y la historia. Como es posible reconocer en su análisis, lo biológico y lo geográfico, raza superior e inferior, Este y Oeste, catolicismo y vudú, Europa y África, moralidad y criminalidad son algunos de los binarismos que sirven para organizar los signos República Dominicana/Haití.”¹⁶

¹⁵ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 127-128, 153-166.

¹⁶ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 140-141.

Para cerrar su visita a la ciudad letrada dominicana en la Era de Trujillo, el investigador hecha mano de los escritos de dos intelectuales que trabajaron en la frontera como agentes culturales del Estado: Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Aristy. Este cambio de autores le permite trasladarse de disciplina y es ahora la literatura y dos relatos de viajes los que sirven de vehículos para la discusión sobre la frontera y la nacionalidad dominicana. En este aspecto hay que decir que la deconstrucción que realiza de la imaginación histórica y de la imaginación geográfica que despliegan los intelectuales dominicanos se completa con una mirada a las formas de narrar de la literatura. Con la novela *El masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, y los relatos de viaje, *Paisajes y meditaciones de una frontera*, del mismo autor, y *En la ruta de los libertadores: impresiones de un periodista*, de Manuel Marrero Aristy, es posible reconocer una actividad estética en la que la imaginación geográfica ha jugado un papel fundamental.

Para Altagracia, Prestol es el intelectual que se siente en un exilio interno purgando una condena. En su novela, *El Masacre se pasa a pie*, hay un deseo de distanciarse de algunas decisiones o inacciones del Estado trujillista, particularmente del crimen de 1937, pero sin cuestionar o, más aún, permaneciendo cómodamente identificado con el registro del nacionalismo oficial organizado por el binarismo esencialista y una teoría de la guerra natural entre la República Dominicana y Haití. La frontera, que Peña Batlle pensaba como potencia y belleza, aparece ahora en su narración como desierto natural y cultural. Pero el desierto, como también esos “otros amenazantes” y las crisis, actúa como motivación, como reto para el intelectual y para el Estado. Prestol es el intelectual

ciudadino que se siente extraño en la frontera y el observador privilegiado convencido de que puede explicar los problemas que abundan en el lugar: la pobreza, los otros negros, el mestizaje racial y cultural, la ausencia de controles jurídico-políticos y la fragilidad de la dominicanidad.

El desplazamiento de la literatura al relato de viaje, en su obra *Paisajes y meditaciones de una frontera* publicada en 1943, fue pensado por Prestol como un cambio de registro epistémico. Más que el nexo literatura/ficción, la relación entre mirada crítica y verdad de lo real-observado se constituye en legitimación de sus palabras. La novela-ficción se reescribe en el relato analítico-descriptivo para completar lo que comenzó como un ejercicio literario con el que pretendía sublimar su desgracia. El intelectual, dice Altagracia, “significará la frontera como si descubriera su verdad secreta y valorizará los lugares que la conforman y las personas que la habitan creyendo encontrar la esencia de las cosas”.¹⁷

La seriedad de la mirada que funda las palabras que describen lo real, como si el lenguaje fuese el espejo que refleja el espíritu de las cosas, es una treta del intelectual incapaz de reconocer el imaginario socio-cultural desde donde piensa y habla, significando el mundo y la vida. Altagracia deconstruye la máscara del letrado y encuentra el fundamento de su discurso. Lo dicho como un resultado de lo visto es realmente lo visto y significado a partir de lo creído y lo deseado. En Prestol, -como en Peña Batlle, Balaguer y Marrero Aristy- la frontera y sus múltiples sujetos “ya tienen identidad”. Prestol, dice Altagracia, “no parte de un punto cero para descubrir la esencia

¹⁷ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, p. 203.

oculta y misteriosa de un sujeto social, sino que ya conoce las características que lo convierten en objeto de su mirada”. Su ejercicio, concluye, “es una reiteración de lo que ya piensa”.¹⁸

En el relato de Prestol es posible reconocer los múltiples “otros” que sirven para precisar la dominicanidad. El “otro” por antonomasia, el “otro” como antípoda y sujeto amenazante es, por supuesto, el haitiano. Éste es la otra raza, en el doble sentido, biológico y cultural, del concepto. Éste es el negro, lo africano, lo salvaje, la superstición, el robo, la violación y la inmoralidad. Pero existe también ese “otro interior”, esa división del “nosotros” en donde la “subraza” no es, como dice Foucault, otra raza, sino lo que surge de una unidad que se divide. Este “otro interior” tiene también múltiples rostros: el catizo, el mulato, el habitante de la frontera, el campesino, el pobre, el obrero, el analfabeta y el criminal.

Lo que creo que se puede subrayar aquí, siguiendo a Altagracia, es que estos dos tipos de “otro” le permiten a Prestol adoptar dos teorías del mestizaje. Cuando el contacto y la mezcla se establecen con el “otro exterior inferior”, el mestizaje es, inevitablemente, contaminación y degeneración. Lo superior no trastoca lo inferior, sino que sucumbe a su irracionalidad y perversidad natural. Pero cuando se trata del catizo o del mulato dominicano, el registro racialista de Prestol se torna paternalista. El negro y el mulato dominicano se presentan como personajes metamorfoseados por la biología, la historia y la geografía. Ya sea por su contacto con el blanco criollo o por el hecho de formar parte de una sociedad paternalista y cristiana, que apenas conoció una esclavitud benévola, el

¹⁸ Altagracia, *El cuerpo de la patria*, pp. 206-207.

negro y el mulato dominicano dejaron atrás el determinismo racial y geográfico africano y se incorporaron a la empresa espiritual occidental que sentó las bases de la dominicanidad. Su dominicanización significa, precisamente, su asimilación, su blanqueamiento biológico y cultural como resultado del amor y del trabajo desplegados en una geografía sobre la que se pusieron en práctica formas convivenciales de relaciones raciales, sociales y de género.

En este punto es posible concluir que el nacionalismo racialista no deja de ser moderno y cree que la acción humana puede transformar el mundo natural y social. El determinismo cede ante el poder creativo y correctivo de la educación y la cultura. Por eso hay que reconocer que también en los nacionalismos racialistas, la naturaleza geográfica y fenotípica, que se consideran que determinan la identidad, resultan “completadas” con la tesis de que territorio y raza se pueden modificar con el trabajo y la cultura. La identidad doblemente naturalizada pasa a convertirse en un producto de la historia y de la voluntad, en el resultado glorioso del saber y del querer de los que deben y pueden.

Por otro lado, es importante notar que el racialismo se desdobra y elabora dos estrategias distintas. Como si presintiera que en sociedades caracterizadas por la pluralidad racial y la movilización política de las masas ser racista es ya imposible, el nacionalismo racialista conserva su dureza para el vecino exterior y predica un racismo benévolo que hace del “otro interior inferior” un rescatado por la generosidad de la cultura blanca cristiano-europea.

Realicemos aquí tres precisiones. En primer lugar, hay que insistir en que estas versiones del discurso racialista no son exclusivas de la ciudad letrada dominicana. Como ya adelantamos, las mismas recorren el campo intelectual latinoamericano de finales del siglo XIX y principios del XX, y en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico contaron con muchos portavoces poderosos y convencidos.¹⁹ En segundo lugar, podría sostenerse que el predominio del racialismo duro -articulado desde el positivismo, la sociología evolucionista spenceriana y las teorías de Gustave Le Bon- dominó el campo intelectual, pero fue tornándose problemático con las movilizaciones populares que comienzan a caracterizar el mundo socio-político latinoamericano de la primera mitad del siglo XX. En otras palabras, la aparición del modelo benévolo integrador ponía de manifiesto que el racialismo duro era incapaz de funcionar como teoría para repensar esa comunidad imaginaria que era el pueblo-nación. Por último, sería un error creer que estas eran las únicas dos interpretaciones posibles en el campo intelectual latinoamericano. Como ya señalamos, la dinámica político-intelectual había comenzado a golpear ese registro racialista y autores como los haitianos Jean Price-Mars y Jacques Roumain, el peruano José Carlos Mariátegui, el cubano Nicolás Guillén, el puertorriqueño Luis Palés Matos, el trinitario C.L.R. James y el martiniqués Aimé Césaire entonaban, durante las décadas de 1920-30, otros cantos que servían de contrapeso contra las tretas espistémicas y éticas del

¹⁹ Véase: Díaz Quiñones, *Sobre los principios*; Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 31-65; Luis Duno Gottberg, *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid, Iberoamericana, 2003; Rafael Rojas, *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*. Madrid, Colibrí, 2008; Pedro San Miguel, *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan/Santo Domingo, Isla Negra/La Trinitaria, 1997; *Los desvaríos de Ti Noe. Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. San Juan, Vértigo, 2004; Jorge Seda Prado, *Al rescate de la patria. Los intelectuales y el discurso político-cultural en la República Dominicana en la época postrujillista (1960-1970)*. Colombia, La Tertulia/ Centro de Investigación y Creación y Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010.

racialismo.²⁰ Las teorías del mestizaje, como fiesta fundadora de algo nuevo, y de la negritud, como esencia racial que debe fortalecerse con un retorno, físico y espiritual, a África, refundaban las identidades caribeñas. Los vientos del pueblo desatados por la revolución bolchevique y la revolución mexicana alentaban estas nuevas miradas.

El cuerpo de la patria culmina su tarea con el análisis del relato de viaje, *En la ruta de los libertadores: impresiones de un periodista*, de Manuel Marrero Aristy. Para Altagracia, el periodista dominicano es el testigo que celebra las transformaciones en el paisaje de la frontera como productos de una empresa política, económica y cultural. Lo que dice ver son los logros de un Estado y el triunfo de la civilización sobre la doble barbarie del “otro” y de la naturaleza inhóspita. Le interesa, dice Altagracia, más el presente y el futuro que el pasado y, por eso, su viaje es más por el espacio que por el tiempo. Marrero describe y traduce, celebra y advierte, informa a sus lectores los logros de su Estado. Optimista, es el portavoz de las buenas nuevas. Juicioso, sabe comprender lo que dice el paisaje de la frontera y las voces de sus pobladores. Crítico, advierte que un peligro mayúsculo existió y que la victoria no debe interpretarse como un logro irreversible. Para él, trabajar material y espiritualmente para asegurar la salud del cuerpo de la patria era el punto de coincidencia del intelectual con su Estado.

²⁰ Véase: Jean Price-Mars, *Así hablo el Tío*. Santo Domingo, Manatí, 2000; Jacques Roumain, *Gobernadores del rocío*. República Dominicana, Secretaria de Estado de Cultura/Fundación Global Democracia y Desarrollo, 2007; José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Venezuela, Ayacucho, 2003; Nicolás Guillén, *Obra poética, 1920-1972*. La Habana, Unión de Escritores y Artistas, 2 vols., 1974; Luis Palés Matos, *Tuntún de pasa y grifería*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1994; “Hacia una poesía antillana”, *El Mundo*, 26 de noviembre de 1932, en José I. de Diego Padró, *Luis Palés Matos y su transmundo poético*. Río Piedras, Puerto, 1973, pp. 99-107; C. L. R. James, *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003; Aimé Césaire, *Cuaderno de un retorno al país natal*. México, Era, 1969.

Si alguien cree que con este extenso diálogo he agotado los aciertos interpretativos elaborados en *El cuerpo de la patria*, tengo que decirle que tiene suerte y se equivoca. El pequeño cofre lleno de signos está ahí, generoso, para todo el que quiera, con curiosidad enamorada, resucitar las voces y sumarse a la conversación. Eso sí, pobre, ay, de esos que se pasan embelezados -y hasta envilecidos- con su rostro y su casa. Gracias a su autor por desenmascararlos y advertirnos que el narcisismo nacional es un falso amor, vanidoso y resentido, que no merece otra oportunidad sobre la tierra.